

EL EVANGELIO DEL CRISTO VIVIENTE.

La idea de la ordenación inteligente de la vida interior de la religión general (sin distinción de sectas) por los Servidores de la Economía Divina, es una concepción que aún hoy no se ha comprendido bien.

Hay que admitir que todas las grandes religiones del mundo deben su génesis interna a la realización de algún gran plan, y que su vida interior está vigilada y cuidada por Aquellos que tienen a su cargo la administración de las cosas espirituales, sólo es posible para quien se esfuerza por mirar a su alrededor a todo el mundo religioso con la misma mirada.

Es muy difícil para el adepto de una fe en particular, o el devoto de un maestro en particular, abrazar una perspectiva tan amplia, porque para hacerlo tiene que cambiar el foco de su mirada, y mirar más allá del área presente que ocupa toda su atención, para usar un modo de expresión diferente, y emplear el lenguaje de la meditación que hasta ahora ha sido "unidireccional", con todo su pensamiento concentrado en su propia forma de fe particular o en la forma del maestro que es el objeto de su amor y adoración. Pero, como se nos dice, hay un estado superior al de concentración en un objeto. Cuando se ha dominado el poder de concentración en un objeto, la mente está lista para la práctica de la contemplación.

La mente concentrada ya no está centrada en una forma u objeto especial, sino que se deja en su propia forma, sin ser modificada por las formas externas, atenta sólo a la recepción de las ideas espirituales desde adentro, y la iluminación ilimitada de Aquel a quien aspira por su amor al Bien, a lo Bello y a lo Verdadero. Una vez realizado este estado de contemplación, ya no se puede señalar ninguna forma especial que contenga toda la verdad de la vida interior; Por el contrario, nace la idea de una verdadera catolicidad, y es posible comprender que las formas, incluso las aparentemente más diversas, son todas en sus diversas formas, representaciones parciales de las ideas vivas que hay detrás de ellas. Sin embargo, no es de esperar que la mente humana pueda

consentir fácilmente al abandono de las formas a las que ha estado acostumbrada siglos, y por concentración en la que ha experimentado la intensidad de muchos buenos entusiasmos.

Sólo poco a poco puede aprenderse la naturaleza del mayor entusiasmo por la Vida interior y la sabiduría como guía de la Luz, desde la que se irradian las ideas sin forma, ideas sólo en la medida en que ninguna forma de concepción humana puede contenerlos. Es presumiblemente la gran dificultad de llegar a estas visiones más amplias sin caer en un estado de pura indiferencia o meramente de cierta tolerancia despectiva, lo que los hace desagradables para el entusiasta religioso. Siente que lo más necesario en la religión es una fuerza que lo eleve, algo que lo ascienda, y porque encuentra que su creencia en cierta forma le da la sensación de seguridad, imagina que esta forma será igualmente eficaz para el resto del mundo.

Todavía no ha aprendido el verdadero secreto del poder de los Ayudantes del Mundo, su voluntad de ayudar a todos los hombres de la manera más adecuada a sus creencias existentes y a su estado actual de desarrollo. En las cosas espirituales, como en asuntos más mundanos, para ayudar a un hombre (de otra manera que no sea simplemente ministrando a sus necesidades materiales) debemos hablar su idioma y no dirigirnos a él en una lengua extranjera. Así es que el ayudante espiritual no impone alguna otra forma al devoto, sino que vivifica la forma más elevada que el devoto mismo puede pensar o sentir.

Incluso cuando a un discípulo se le enseña directamente, a menudo persiste en pensar que la nueva forma que ha concebido le ha sido dada y consagrada por su Maestro, mientras que, en realidad, es su propia limitación del poder de su Maestro. ¿Cuánto tiempo, entonces, pasará antes de que el entusiasta religioso aprenda que la consumación que se desea devotamente no es la compresión de todas las almas humanas en su propio molde teológico particular, como un proceso despiadadamente mecánico que sólo resultaría en la multiplicación indefinida de las propias limitaciones del religioso? El propósito de la vida es vivir y desarrollarse, y las formas de crecimiento no solo son tan

numerosas como las almas de los hombres, sino que cada alma puede evolucionar en un número infinito de formularios.

Se deduce, entonces, que, si somos entusiastas de la vida más amplia de la religión, y nos esforzamos por obtener una comprensión más profunda de las posibilidades de nuestra naturaleza humana común, hasta ahora, de caer en el error de ser intolerantes con las formas de las diversas religiones, debemos reconocer que todas sirven a su propósito, cada una en su propio manera. Si el hombre encuentra mayor consuelo en una forma que en otra, es seguramente porque es más adecuado para él por el momento. Con la misma seguridad crecerá a partir de ella naturalmente a medida que evolucione, pero hasta que no descubra por sí mismo sus limitaciones, no es prudente tratar violentamente de arrancar la forma, no sea que la vida perezca con su vehículo. "No escandalicéis a los niños".

No es así, se nos dice, que los labradores sabios tratan a la planta humana. Sin embargo, el problema que ahora tiene que ser enfrentado en el mundo occidental, es que la mente de la cristiandad, por su propio crecimiento natural, es rápida superando las formas en que ha estado encerrada desde el establecimiento oficial de la llamada Iglesia Católica.

Poco a poco está siendo reconocido por las mentes más iluminadas, tanto entre el clero como entre los laicos, que las viejas formas están siendo rápidamente superadas, y que ya muchas de las formas más ilustradas, los dogmas oficiales de las Iglesias, se encuentran como una carga que el intelecto actual en rápido desarrollo, ya no puede tolerar y esto no sólo a causa del conocimiento extendido de las leyes que subyacen a los fenómenos naturales y a los procesos del pensamiento, sino también por la convicción de que la ley de la evolución deben ser válidos en todos los aspectos de la vida, y sólo pueden ser desterrados del dominio de la religión en detrimento duradero de éstas. Ya se están haciendo esfuerzos para ampliar el significado de muchos de los dogmas de la fe cristiana, en otras palabras, la vida está brotando de los formularios. Se buscan nuevas interpretaciones de las viejas fórmulas, se intentan nuevas

definiciones. Sin embargo, el tiempo está todavía lejos de estar maduro para una reformulación de los dogmas del cristianismo que sea aceptable para todas las Iglesias de la cristiandad.

Tampoco, en nuestra opinión, hay que lamentarlo, de hecho, en el estado actual de las cosas, cuanto más se demore tal reformulación, tanto mejor será para la vida laboral. Hay una idea poderosa que se esfuerza por imprimirse en la conciencia indogmática, y unos pocos están empezando a comprender, aunque sea vagamente, que el futuro del crecimiento armonioso está condicionado por la ley de la unidad en la diversidad. Mientras exista la posibilidad de hacer que esta idea viva entre la mayoría, sería desaconsejable intentar de nuevo atar a grandes masas de religiosos con los grilletes de nuevas fórmulas, las cuales, aunque menos mortíferas para el intelecto que las formas antiguas, serían sin embargo limitaciones y marcas fronterizas de división, en la medida en que, en su naturaleza deben consistir en intentos de mostrar cómo los supuestos principios últimos del cristianismo difieren de los supuestos principios últimos de otras religiones del mundo. Por otra parte, sin sus formas dejarían de existir las religiones distintivas, y hasta ahora pocos religiosos pueden prescindir de ellos.

Como ya hemos visto, las formas sólo son un obstáculo cuando se han superado, o casi superado, hasta entonces, no solo son útiles sino necesarios. Las formas de la religiosidad popular por otra parte no son las que son útiles para las mentes más avanzadas de la época, sino las que son adecuadas para el promedio de inteligencia de la fe. Las formas demasiado sutiles para la mayoría están más allá de su comprensión y, por lo tanto, son de poca utilidad inmediata para la masa de creyentes. Puesto que, pues, hay un nuevo espíritu en el exterior, una nueva vida que se agita, sería imprudente dejarlo cristalizar demasiado rápidamente, aunque se formara en líneas de Gran belleza intelectual. Cuanto más se demore la formulación de la nueva vida, más bella será la vestidura exterior que finalmente asumirá para la mente religiosa que anhela algo más que una forma de belleza puramente intelectual.

Como hemos visto, muchas de las antiguas formas de dogmas y tradiciones están siendo arrojadas al crisol crítico y que gran parte de su sustancia está siendo perdido en el proceso. La causa de esto, como nos hemos esforzado en señalar, es el método de prueba poco hábil de algunos de nuestros alquimistas bíblicos más distinguidos.

Gran parte del metal precioso se pierde en la fundición; Deben atemperar su fuego intelectual, o no tardarán en reducirlo todo a un caput mortuum. ¿Es esto lo que buscamos, nos preguntamos si la intención es eliminar por completo el elemento místico de la religión? ¿Es, además, realmente científico adoptar una prueba puramente teológica y rechazar una masa de material primitivo que un pasado no científico ha decretado como herético? Esto nos lleva a una consideración de esa masa de dogmas, tradiciones y leyendas primitivas que se clasifican como gnósticos.

Recientemente hemos reunido el material en un volumen titulado Fragmentos de una fe olvidada, con la esperanza de que al menos unos pocos puedan estar interesados en un tema que suele ser habitualmente considerado tan ajeno a los métodos modernos de pensamiento. Ha sido por lo tanto, una agradable sorpresa descubrir que el libro ha sido calurosamente acogido por muchos hombres y mujeres pensantes, que encuentran en él evidencia de la existencia en el cristianismo primitivo de elementos que han aprendido a apreciar de su estudio de las otras grandes religiones de la humanidad del mundo, pero que antes habían buscado en vano en general por la Cristiandad.

El propósito principal del volumen era dar el material y dejar que los primeros filósofos y místicos del cristianismo hablaran por sí mismos sin interrupciones airadas o comentario despectivo. Era, por supuesto, de esperar que cualquier escritor que fuera lo suficientemente audaz como para proporcionar condiciones en las que los " archi-hereses " de la cristiandad pudieran alegar sus casos, no encontraría ninguna aprobación de los partidarios de la "ortodoxia", y también era cierto que los críticos puramente racionalistas se regocijarían con las ideas de los gnósticos y lamentarían el trabajo dedicado a un (en su opinión) tan sujeto no rentable. Pero el error cometido por estos dos extremos de

creencia es la suposición de que, de alguna manera, el escritor desea revivir las antiguas formas de Gnosticismo.

Sin embargo, no tenemos ningún deseo de poner vino nuevo en botellas viejas, aunque las botellas viejas hayan contenido alguna vez alguna parte de la cosecha original de la "Vid Verdadera". Decimos simplemente: Hay un campo descuidado del cristianismo primitivo, fragmentos de una fe olvidada durante todos estos siglos, tú que hablas del cristianismo primitivo, ¿cómo explicas la Gnosis? Vosotros que profesáis ser investigadores científicos e imparciales de la evidencia, que os negáis a estar atados por las opiniones acríicas de los Padres de la Iglesia y las decisiones prejuiciosas de los Padres de los Concilios, ¿cómo explica uno de los factores más importantes (si no el más importante) en el nacimiento y desarrollo temprano de la teología dogmática cristiana? Por nuestra parte, nos hemos esforzado por mostrar que una consideración completa de los factores que van a formar el trasfondo del gnosticismo primitivo modifica en un grado extraordinario la visión generalmente aceptada de los orígenes del cristianismo.

Pero cabe preguntarse: ¿De qué nos sirven hoy estas ideas gnósticas? ¿De qué sirve desenterrar estas reliquias del trastero de un pasado olvidado? Que por supuesto, hay ciertas mentes que, cuando se plantean la pregunta correcta, se niegan a ser apaciguados por cualquier respuesta que no sea una explicación del propósito cósmico de las cosas; nosotros mismos nos contentamos con "bienes" menores, y respondemos que, como los mejores de estos gnósticos contaban entre ellos, las mentes más filosóficas y entrenadas de la cristiandad primitiva, es bueno escuchar lo que tenían que decir acerca de Cristo y aprender la naturaleza de su fe en Él. Si podemos obtener una visión más amplia del cristianismo primitivo, podemos tener una visión más amplia del estado actual de las cosas.

En La Gnosis, tal como pensamos, nos da esta visión más amplia de la fe y la libertad de los primeros siglos. Pero, algunos pueden decir: sin duda que el estudio de los gnósticos es útil desde un punto de vista histórico, e incluso podemos interesarnos como anticuarios por los

diversos elementos incorporados a sus sistemas, pero ¿de qué sirven sus extrañas especulaciones para nosotros hoy? Las ideas de la Gnosis no deben ser juzgadas únicamente por las formas en que los gnósticos las revistieron, como tampoco lo son las doctrinas generales del cristianismo sean juzgados por las fórmulas dogmáticas en que han sido envueltos por los Padres de la Iglesia y los decretos de los Concilios. Las formas de los Gnosis que se han conservado son hoy en día, lo admitimos, principalmente de interés de anticuarios, así como también lo son los formularios dogmáticos de los Generales del Cristianismo para muchas personas. Pero, aun así, son muy interesantes, porque se ha encontrado que estas formas gnósticas conservan elementos de las tradiciones misteriosas de la antigüedad en una mayor plenitud en que encontramos en otros lugares.

Sin embargo, lejos de desear revivir las antiguas formas de la Gnosis o de cualquiera de las antiguas tradiciones de misterios, estamos firmemente convencidos de que nada bueno puede salir de tal intento. Es un proceso tan retrógrado como el que un alma humana, al reencarnar, trate de revivir alguna que otra antigua personalidad suya en lugar de desarrollar una nueva. No se puede volver a vivir en un cadáver, aunque dicen, se puede hacer un poco de "magia negra" por medio de ella. Nosotros, por lo tanto, miramos con poco favor los intentos de las Iglesias y de otras formas de misterio. alguno (como es el cual la gente profesa haber fundado (un grupo gnóstico que se intentó en Francia) para revivir la antigua, así como también se podría bien tratar de revivir la forma de alguna civilización antigua, y así convertirse en meros monos de nuestro pasado yo, en lugar de esforzarnos por perfeccionarnos en una semejanza más hermosa del orden divino y de sus infinitas posibilidades.

Lo deseable es estudiar el pasado, no para copiar sin alteración, sino para recuperar la memoria de las lecciones que la experiencia nos tenía que enseñar. Si, pues encontramos una forma de belleza en la antigüedad, el esfuerzo de una humanidad en evolución debería consistir en crear una de mayor belleza aún, si encontramos en el pasado el registro de esfuerzos denodados para atraer hacia el corazón

de las cosas, el esfuerzo de los actuales amantes de Dios en el hombre debe esforzarse aún más vigorosamente hacia las profundidades más íntimas de la Sabiduría Divina. Ahora bien, es la doctrina del Cristo Viviente la que es el incentivo más poderoso para un esfuerzo vigoroso en la vida de la cristiandad hoy en día.

Pero cuán pocos de los que creen que Él vive y vela por ellos, puede tolerar la idea de que el Buda vive y observa también, que Krishna y Zoroastro, ¡y todos los grandes que han vivido y trabajado en la tierra por el bien humano, siguen viviendo y mira por dónde! Más difícil aún de creer, — que no sólo el Cristo vela por la cristiandad, sino que derrama su ayuda y bendición no sólo sobre todos los que aman al Padre de nuestras vidas, de la humanidad común, sino también a todos los que se esfuerzan por el mejoramiento humano sin importarle su creencia religiosa o incredulidad. Y no sólo Cristo hace esto, sino que todos sus hermanos se unen a él en la tarea común. No están limitados por nuestras diferencias teológicas y raciales. Suya es la tarea de recoger el poder liberador por estas diferencias y acumularlo en los tesoros divinos para ser utilizado según la oportunidad lo permita para la ayuda común de la humanidad.

Esta alquimia espiritual, por la cual las fuerzas aparentemente más antagónicas se transmutan para el bien común, es un misterio maravilloso para contemplar. Para tomar una sola instancia del pasado, es bien sabido que la filosofía de Grecia se resumió en la escuela platónica tardía y durante tres siglos resistió vigorosamente la marcha victoriosa del cristianismo en general. Era la última pared amurallada alrededor de la antigua cultura, y la valiente lucha de sus defensores contra las adversidades abrumadoras, constituye una de las más interesantes páginas de nuestros registros occidentales. Muchos, sin duda, dirán que estos hombres lucharon contra el Cristo y sus esfuerzos merecidamente quedaron en nada. El cristianismo triunfó y el paganismo recibió su golpe mortal. Fue una victoria moral para el mundo, la ética venció a la metafísica. Pero tales generalizaciones apresuradas no satisfarán al estudiante imparcial de la historia; porque

la vida filosófica se basaba en un alto esfuerzo ético, los platónicos posteriores eran hombres de alta moralidad.

Su fracaso se debió a su incapacidad para atender a la multitud y prever las necesidades de las nuevas razas que se desarrollarían en el mundo occidental. Por otro lado, nos cuesta creer que los mejores intereses del cristianismo hayan sido servidos por aquellos que lucharon tan furiosamente contra toda cultura e inteligencia en desarrollo, menos aún podemos creer que en esto eran los verdaderos servidores de un Maestro de Sabiduría. En este tiempo, los elementos más tolerantes de la cristiandad estaban siendo rápidamente inundados por el clamor popular.

La antigua cultura filosófica se estaba hundiendo rápidamente hasta perderse de vista, para permanecer ocultos hasta un día más brillante, cuando el diluvio debería haber disminuido y el brillo del sol de la tolerancia debería permitirles una vez más germinar. Pero el fenómeno más interesante que la mente filosófica puede contemplar en todo este ajetreo es que a ambos lados encontramos hombres que fueron tratando de vivir de acuerdo con sus mejores convicciones, que luchaban denodadamente por lo que consideraban la verdad más elevada y por lo que pensaban ser el mejor medio para el bien general.

Es muy evidente, por lo tanto, que el poder que obraba en ellos era el mismo poder, la diferencia, el antagonismo, estaba en las formas y opiniones, no en la vida y las ideas. Y no sólo eso, sino que la dureza engendrada por el conflicto desarrolló a los combatientes individuales mucho más de lo que se habrían desarrollado si se les hubiera dejado a ellos mismos. Y si el poder en ellos era de la misma naturaleza, podemos ver que el buen propósito de la lucha era la autorrealización más profunda de la humanidad, los de los combatientes que fueron absolutamente honestos en sus esfuerzos.

La fuerza que así gastaron no se perdió, se recogía en el almacén común, para ser beneficiado y utilizados de nuevo para sus congéneres y Aquellos que velan por esto mismo, que son los Servidores de la Economía Divina, y que fueron llamados por algunos de los gnósticos

"Receptores de Luz", y bendito es el hombre que es digno de hacer tal servicio.

¿Pensamos, pues, que el Cristo rechazaría el alma de un Plotino, de un Porfirio o de un Proclo, simplemente porque rechazaron las formas que un Ireneo, un Cirilo o un Teodoro afirmados como las únicas formas en que su sabiduría podía expresarse?

Y si esto es así, ¿qué hay de nuestros propios tiempos? ¿Imaginamos que el Cristo mira con menos simpatía a un Darwin, o a un Huxley o a un Biichner, que a los modernos campeones de la ortodoxia? ¿O también, por otro lado, que rechaza a los místicos de hoy en favor de los críticos "avanzados"? Creemos que no; Él es sabio y conoce las necesidades de nuestra naturaleza humana general demasiado bien como para desear que alguna parte de nosotros muera de hambre. Pero piensen en la infinita paciencia de todo ello. ¡La vigilancia incansable de que no se pierda ninguna oportunidad para dar ayuda de la manera posible que la mente y el corazón humanos requieran! ¡Seguramente no debemos tener una estimación más baja de un Maestro de Sabiduría que la que tenemos de un alma noble y ordinaria!

¿Y quién de nosotros no podría, si pudiera, ayudar a todos sin distinción de raza o credo? Si fuera posible que tales ideas pudieran penetrar en la vida general del mundo, ¡qué futuro maravillosamente glorioso nos depararía ante nosotros! Ya no debemos guerrear unos contra otros, sino que debemos unirnos para vencer al enemigo común: la ignorancia, a fin de que podamos entrar en la verdadera gnosis de nuestro corazón, nuestra naturaleza común y no en juntar nuestros pies en el peldaño más bajo de la escalera de esa autoconciencia en expansión que asciende a la Deidad.

Ya no debemos estar ansiosos por declararnos cristianos o budistas, vedantinos o confucianistas, zoroastrianos o mahometanos, sino que debemos esforzarnos por ser amantes de la enseñanza útil, dondequiera que se encuentre y ser candidatos para el bautismo en esa Santa Iglesia de todas las razas, climas y edades, esa verdadera Comunión de los Santos, cuyos miembros han sido ayudantes y

colaboradores de todas las religiones, filosofías y ciencias que el mundo ha podido necesitar de vez en cuando.

ESCRITO POR NEILL AND CO., LTD., EDIMBURGO.